

Jesús García Fernández: in memoriam

AÚN vivo el eco de la muerte del profesor García Fernández, parece oportuno recordar su obra y su legado; es, por otro lado, un acto de justicia y reconocimiento a quien hizo de su vida una profesión, la de geógrafo.

Jesús García Fernández (Valladolid, 7 de junio de 1928 a 1 de septiembre de 2006) —don Jesús— era conocido en la Universidad de Valladolid, donde ejerció su docencia y llevó a cabo su investigación, como «el geógrafo», un apelativo que refleja bien su trabajo, su dedicación y el contenido de su obra.

I

LA TRAYECTORIA ACADÉMICA: LA LUCHA POR EL RECONOCIMIENTO DE LA GEOGRAFÍA

Su trayectoria se basó en una dedicación completa, constante y entusiasta a la Geografía, por más que, debido a la falta de desarrollo de esta disciplina a mediados del siglo pasado, su cualificación profesional correspondiera a la Historia. De hecho, se licenció en Filosofía y Letras (sección de Historia) por la Universidad Central (hoy Complutense de Madrid) en junio de 1950 y en esa misma universidad obtuvo el grado de Doctor en Historia con una tesis de geografía, *El poblamiento de la Alcarria*, en mayo de 1955; en diciembre de 1958 fue nombrado Catedrático de Geografía de la Universidad de Valladolid, donde llevó a cabo su actividad docente, investigadora y profesional hasta 1998, cuando fue reconocido Profesor Emérito.

Su primer trabajo y dedicación en esta Universidad consistió en fundar el Seminario de Geografía y después el Departamento; algo que le costó mucho tiempo y esfuerzo, ya que la Geografía era entonces una materia

complementaria de la Historia, impartida generalmente por personas no cualificadas y considerada una asignatura secundaria. José Luís Martín Galindo le acompañó en la tarea, hasta hacer de la geografía una materia respetada, sólida y atractiva, seguida por los alumnos más brillantes.

García Fernández sentó las bases del trabajo y la investigación geográficas en el Seminario y Departamento promoviendo estudios de carácter regional, a escala comarcal, que en cierto modo representaban un modelo o paradigma, a menudo marcado por la geografía francesa que en esos años gozaba de predicamento en España. Debemos destacar su tesón, su lucha contra la falta de medios, su fe en un proyecto que le obligaba no sólo a desplegar su labor durante la semana sino a dedicar los festivos a las excursiones con los alumnos y a los trabajos de campo.

Fruto de su dedicación y prestigio, apoyado por un puñado de colegas, creó y puso en marcha la Asociación de Geógrafos Españoles en 1977, que presidió hasta 1981. No fue tarea fácil, pues la dispersión de la geografía española de entonces, con numerosos personalismos y tendencias centrífugas, dificultaba la creación de un órgano capaz de reunir, integrar y dirigir a un colectivo de profesionales que había montado su «escuela» en cada universidad, siguiendo las directrices del catedrático-jefe respectivo. Así, hubo una viva oposición entre quienes querían hacer de la Asociación un organismo meramente científico y quienes, por el contrario, exigían que se concibiese como un colegio profesional. Los enfrentamientos entre posturas, calientes y apasionados, vividos en el Coloquio Nacional de Geografía de Oviedo de 1975, permitieron, no obstante, sacar adelante la Asociación bajo el mandato de su impulsor, el profesor García Fernández.

Pero su trayectoria académica no puede ser entendida más que a través de su magisterio en las aulas. El profesor García Fernández llegó a la cátedra de Geografía de Valladolid a finales de 1958. Su antecesor, Amando Melón y Ruiz de Gordejuela, apenas había podido impulsar la disciplina en una España de posguerra caracterizada por la pobreza de medios económicos y científicos. Había que crear un Departamento desde la base. Y esa creación fue la primera obra de don Jesús, la de rodearse de personas y adquirir medios para desarrollar la enseñanza universitaria. Los años 1960 fueron años de escaseces, pero de expansión, años de trabajo, de forja y reconocimiento, porque en las aulas de la universidad «el geógrafo», con fama de duro y exigente, atraía alumnos, creaba escuela y gozaba de un general reconocimiento.

En ese contexto tuvo que explicar todo tipo de asignaturas, desde las técnicas, como la Cartografía, y especialmente las de los mapas Topográfico Nacional y Geológico 1/50.000, pasando por las geografías descriptivas, por la Geografía de la Población, la Geografía de España, por la Geografía Rural o la Urbana. A medida que el Departamento crecía él se fue especializando en la Geografía Física, aunque su dedicación a esta rama no tuvo claramente lugar hasta 1980, más por exigencias administrativas que por convencimiento. Por el contrario, su amplitud de miras, su capacidad de integración de cada uno de los elementos y factores del espacio geográfico, le llevaron a explicar de todo y a investigar en todo. Sus clases de Geografía de España, de Geografía Física y de Geografía Urbana son recordadas por muchos alumnos como memorables, por algunos como «huesos» difíciles de superar, por todos como enseñanzas de sumo interés.

Con el paso del tiempo, los apuntes que don Jesús entregaba en las clases, han incrementado su valor; algunos fueron publicados; otros permanecen inéditos, si bien en algún momento intentó rematarlos para su publicación. En este sentido, no se pueden olvidar los excelentes apuntes de geografía urbana de España, que, con estudios sobre el devenir histórico de las ciudades españolas hasta los años 1970, representan un trabajo de síntesis, integrado y excepcional, por sus análisis sobre la estructura urbana y la segregación social del espacio de la ciudad.

Éstos y otros muchos apuntes que preparó para sus alumnos reflejan, en primer lugar, un trabajo, un método y una preocupación por la enseñanza que siempre tuvo y que le proporcionó satisfacciones y reconoci-

miento. Su orientación hacia la Geografía Física a partir de 1980 le permitió elaborar otro tipo de apuntes, para alumnos menos numerosos y más especializados, algunos de los cuales están recogidos en las memorias de los Cursos de Trabajo de Campo y otros publicados en algunos libros sobre las sierras, macizos u otros relieves surestinos.

En todos los casos, su actividad docente, alimentada por una investigación permanente sobre la que fundamentaba sus explicaciones, era admirada y reconocida, aunque temida por algunos alumnos, precisamente por su profundidad; una profundidad que cultivaba leyendo revistas y libros en los principales idiomas científicos, y estando siempre al día de las últimas innovaciones o tendencias, generalmente para comprenderlas, a menudo para criticarlas, y siempre para comentarlas y, si había lugar, asumirlas. El profesor García Fernández estaba siempre al día, aunque, como él decía, los que presumían de estar al día, solían quedarse a la noche, porque, pensaba que a los nuevos planteamientos les faltaba solidez, fundamentos y criterio. Por ello, prefería estar al día mediante la creación, no mediante la novedad deslumbrante, porque quien buscaba la innovación por sí misma caía en el esnobismo estéril en vez de en la innovación creadora.

Tan destacable como su actividad en las aulas fue su dedicación al trabajo de campo, porque entendía que la enseñanza de la Geografía debía completarse con el análisis de la realidad espacial y social. De ahí que, apoyado en su conocimiento integral y profundo del medio ecológico de «su región», organizara el Curso de Postgrado *El Medio Ambiente en la Comunidad Autónoma de Castilla y León* (1990-1993). Él, que a menudo hablaba despectivamente del «camelo-ambiente», debido a la aparición de múltiples «especialistas» surgidos para aprovechar el fuerte tirón económico de esos temas, dirigió este curso con el objeto de sentar las bases de lo que debía entenderse por «medio ambiente», un medio natural humanizado y modificado por la persistente acción humana sobre el territorio para su ocupación, explotación y organización.

Asimismo, con un contenido ecológico, concibió, elaboró, codirigió y desarrolló, junto con el profesor Rubio Recio, las I, II, III y IV Jornadas de Geografía Física de Sedano entre los años 1991 y 1994, que, orientadas fundamentalmente hacia el estudio de la cobertura vegetal, llevaban el nombre de «Jornadas de Geografía Física», porque él siempre entendió que los elementos y factores del complejo ecológico deben ser

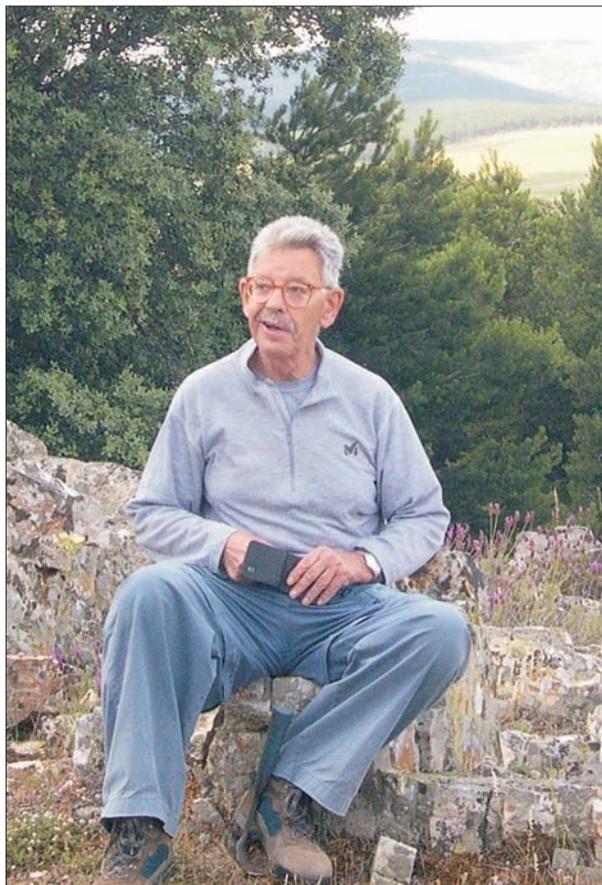
considerados integradamente. Él mismo estudiaba, sabía y demostraba que las biocenosis naturales no eran más que una cobertera vegetal modificada por la acción humana secular con el fin de conseguir campos de cultivo o de obtener leña, madera, pastos, caza y otros productos forestales y silvestres. Esas jornadas han continuado año tras año, pero ya con un enfoque exclusivo hacia la biogeografía.

Sin embargo, centró su actividad más conocida fuera del aula en los Cursos de Trabajo de Campo de Geomorfología, que a lo largo de 30 años se desarrollaron sucesivamente en Villarcayo, Aguilar de Campoo, Villadiego, Salas de los Infantes y San Leonardo de Yagüe. En los tres primeros casos, sobre el borde meridional burgalés y palentino de la Cordillera Cantábrica; en los dos últimos, sobre el de la rama occidental de la Cordillera Ibérica.

Entre 1966 y 1998 se realizaron los 30 Cursos de Trabajos de Campo que se sucedieron casi ininterrumpidamente, durante los diez primeros días del mes de julio de cada año, con dos años de paréntesis, debido a circunstancias anómalas. A estos cursos acudió un numeroso grupo de los actuales geógrafos maduros españoles. Su importancia, al margen de la convivencia, radica en su capacidad formativa en una materia tan poco cultivada en España y en la creación de una escuela o vertiente de «geomorfología estructural» de indudable presencia entre muchos geógrafos físicos de esas generaciones.

Como distinción a su trayectoria docente e investigadora, la Universidad de Alicante, a propuesta del Instituto Universitario de Geografía, dirigido por Antonio Gil Olcina y con el apoyo entusiasta del Departamento de Geografía, dirigido por Alfredo Morales Gil, le nombró Doctor *Honoris Causa* en 1996. Primero, por el reconocimiento a su historial académico y méritos. Segundo, por la afinidad y las relaciones mantenidas con esa Institución. En efecto, el Instituto se honró en invitarle como profesor visitante y conferenciante desde 1985 y a lo largo de dos décadas lo recibió en sus aulas durante el mes de noviembre, mes que aprovechaba para llevar a cabo estudios geomorfológicos, que dieron lugar a varias publicaciones sobre el relieve de las montañas alicantinas.

Discípulo de Manuel de Terán, heredero de las corrientes científicas vitalistas y positivistas del siglo XX, de las ideas de la Institución Libre de Enseñanza, García Fernández estuvo a la altura de los tiempos, siguió de cerca los sucesivos y nuevos planteamientos doctrinales,



fue crítico agudo y perspicaz de todos aquellos que sólo buscaban la novedad en vez de la innovación y se mantuvo fiel a su idea de que la Geografía es la ciencia del paisaje, del territorio, de las estructuras espaciales, lo que demostró en sus escritos, numerosos, diversos, profundos y ejemplares.

II

LA OBRA: EL VALOR DE LA INTEGRACIÓN, LA JERARQUÍA Y LA ESCALA

Al margen de su trayectoria académica, de ser el primer presidente de la A.G.E., de su dedicación a la docencia y a la investigación, su figura se agranda y perdura por sus enseñanzas, por el contenido de una obra bien concebida, elaborada y presentada. No importa tanto su centenar de libros y artículos como su forma de hacer y el haberlo sabido transmitir. Frecuentemente decía que «la experiencia es trasmisible, aunque no es receptible», refiriéndose al rechazo que producen los consejos, al espíritu de rebelión de los jóvenes frente a los

mayores, a la falta de aceptación de la autoridad o de quien tiene esa experiencia por parte de quien carece de ella. Sin embargo, él que se quejaba de esa circunstancia, fue capaz de sintonizar con sus alumnos y lectores mediante sus explicaciones y escritos. Y lo hizo de tal manera que su lectura provocaba adhesión, por la profundidad, por la argumentación, por la trabazón y por el criterio que resumaba su obra.

Enemigo de los rigorismos del método, un tanto ácrata, basó sus estudios sobre el mundo rural y urbano en una aproximación rigurosa, analítica, pormenorizada, jerarquizada e integrada a la organización del espacio. En contra de lo que era frecuente en numerosas estudios regionales, sus trabajos estaban trabados, tenían ilación entre las partes, establecían relaciones entre los factores ecológicos y los aprovechamientos humanos y desarrollaban ideas que vertebraban los sucesivos capítulos conexos, rechazando radicalmente la información yuxtapuesta de capítulos pegados, sin nexos y sin jerarquía; aspectos que son generalizables a todos sus escritos y libros.

Una de las claves de su atractivo debemos buscarla en el tratamiento histórico. Su formación de historiador le llevó a indagar en la organización del espacio con un espíritu analítico diacrónico. El espacio se explicaba a través de su pasado histórico; de ahí la importancia que concedía a la propiedad del suelo, de la tierra, del capital. Estos aspectos se reflejan en todas sus obras de contenido agrario y regional.

Una buena parte de su quehacer lo dedicó a las investigaciones agrarias, con especial atención a los campos de Castilla, como se comprueba en los siguientes trabajos: *Aspectos del paisaje agrario de Castilla la Vieja* (Valladolid, 1963), en «Los sistemas de cultivo en Castilla la Vieja» (en *Aportación española al XX Congreso Internacional de Geografía*, 1964), en «Champs ouverts et champs clôturés en Vieille-Castille» (*Annales Economies, Sociétés, Civilisations*, 1965), aunque ya en 1953 había publicado en *Estudios Geográficos* un «Estudio de Estructura Agraria de Horche (Guadalajara)». Mantuvo esta línea de investigación y la amplió a otras regiones de España, como se observa en *Organización y evolución de los cultivos en la España del Sur* (Valladolid, 1967), o en el artículo «Sobre los orígenes del paisaje agrario gallego» (*Estudios Geográficos*, 1972), culminando todo ello en 1975 con su obra de referencia sobre la *Organización del espacio y economía rural en la España atlántica* (Siglos XXI, Madrid, 1975).

Cualquiera de estos trabajos merece una consideración singular. Son históricos y forman parte de la historia, con la particularidad de que algunos de ellos, como ha destacado Ortega Valcárcel en el *Libro Homenaje al Dr. García Fernández*, refiriéndose al de «Campos abiertos y campos cercados...»,

«representan en su momento una revolución, porque introducen en España un enfoque moderno de la historia agraria y significan de hecho la creación de la historia agraria moderna en España».

Y es que, en efecto, los estudios agrarios de don Jesús tienen alma, tienen conocimiento de causa y tienen una exposición ordenada, integrada y jerarquizada que engancha al lector, convirtiendo el trabajo en una obra de referencia, tanto por la información o contenido como por su desarrollo o «método».

También abordó tempranamente la investigación urbana, comenzando por su artículo sobre Alcalá de Henares, publicado en *Estudios Geográficos* en 1952, continuando con investigaciones sobre las ciudades españolas que exponía en sus clases sobre esta materia y culminando con *Crecimiento y estructura urbana de Valladolid*, que, en palabras de Ortega Valcárcel, y con una orientación estructural, es un clásico. En el año 2000 lo retomó y actualizó con el título *Valladolid, de la ciudad a la aglomeración*. El mundo urbano le atrajo singularmente; estudiaba las ciudades como tipos de poblamiento que, a modo de organismos vivos, nacen, crecen, se desarrollan y generan unas estructuras urbanas apoyadas en la segregación funcional y social del espacio. Es una pena que no hayan visto la luz los voluminosos apuntes que dejó escritos para sus clases sobre la evolución y estructura de las ciudades españolas, en los que, amparado en un conocimiento cabal de los núcleos históricos y de los barrios surgidos en los años 1960, exponía su visión de la España urbana.

Dada su perspectiva integral del espacio geográfico, cultivó también uno de los temas más socorridos en la Geografía española, el de la población. Como a tantos otros campos, aportó su sello de originalidad para evitar una mera exposición de datos, variables y tasas, orientando su estudio hacia los problemas, y especialmente a los de la emigración, acorde con el signo de los momentos que vivía España en los años 1960. Para evitar la acumulación de datos o las valoraciones subjetivas sin apoyo cuantitativo recordaba la máxima de que no debe haber «ideas sin datos ni datos sin ideas». *La emigración exterior de España*, publicado por la editorial Ariel en 1965, recoge el sentir y el buen hacer del geógrafo preocupado por lo social. Un año antes había

publicado «El movimiento migratorio de trabajadores en España» (*Estudios Geográficos*, 1964), «La emigración en la provincia de Valladolid» (Ibíd., 1960) y «La emigración a América en los últimos años (1946-57)» (Ibíd., 1960). Los cambios habidos en la sociedad rural española, y en especial los relativos a la pérdida de sustancia demográfica en Castilla y León le llevaron a publicar su último libro sobre estos temas: *Del movimiento natural de la población en Castilla y León* (Valladolid, 1997).

Debido a su amplitud de miras y a la influencia de la geografía francesa en los años 1950 y 1960, se planteó los estudios regionales casi como la vocación u objeto esencial de la Geografía. Fue realmente en este campo donde la obra del maestro adquirió toda su fuerza, porque los estudios regionales que en parte elaboró y en parte promovió entre sus discípulos tenían la calidad, la solidez y el predicamento para convertirlos en obras de referencia. Algunos geógrafos españoles los despreciaban o ignoraban por considerarlos temas del pasado, con enfoque histórico y sin valor contemporáneo, pero como la historia da muchas vueltas, hoy se han revalorizado esos estudios regionales, en buena medida debido a la demanda de los economistas y, en otra gran medida, debido a la necesidad de elaborarlos para poner en marcha cualquier programa de planificación u ordenación territorial. Volvemos así a lo que nunca debimos dejar como objetivo de nuestro quehacer geográfico y que el profesor García Fernández siempre alentó, propugnó y cultivó.

En *Desarrollo y atonía en Castilla* (1980) nos dejó buena muestra de ello, precedida por su contribución a la *Geografía Regional de España* con el capítulo sobre Castilla la Vieja y León (ARIEL, 1968), pero es que toda su obra está impregnada de una visión integral, podríamos decir que «regional» a distintas escalas. Ahora bien, su legado regional deriva más de las obras que impulsó que de las que escribió. Las tesis y tesis elaboradas por sus discípulos, dirigidas y publicadas merced a su apoyo suman una veintena de trabajos, entre los que destaca por su magnitud, entidad y profundidad *Las Montañas de Burgos*, tesis señera, de Ortega Valcárcel. Otras de Martín Galindo, García Merino, Crespo Redondo, Fernández de Diego, Manero Miguel, Bejines Ramírez, Peña Sánchez, Molinero Hernando y Calderón Calderón representan trabajos de geografía regional con el marchamo incuestionable del Dr. García Fernández.

Finalmente, su pasión investigadora por la Geografía le llevó a una aparente especialización en geografía físi-

ca, derivada de una vocación por el campo y de una exigencia administrativa más que de otros planteamientos, pues él siempre se consideró y fue geógrafo. Ahora bien, no cabe duda que el clima y el relieve ejercen un papel como factores condicionantes de la organización del espacio, a veces manifiesto, otras latente. Era incuestionable en la agricultura, actividad humana que él definía como la explotación económica del potencial ecológico, pero también existente en otras actividades, incluso en el emplazamiento urbano y hasta en la segregación social del espacio de la urbe, condicionada por aspectos ecológicos tales como los vientos dominantes, la posibilidad de deslizamiento o inundabilidad de los suelos, la afección de la contaminación, la accesibilidad de las áreas residenciales y funcionales...

Sus largos años de trabajo en temas de Geografía Física y medio ambiente dieron resultados palpables, entre los que no cabe marginar los publicados como Memorias de los Cursos de Trabajo de Campo, con una marcada vertiente estructural, donde pretendió plasmar el juego de las escalas geomorfológicas, partiendo de un hecho tan elemental como que las grandes formas de relieve vienen dadas por las morfoestructuras, a escala de decenas o centenas de kilómetros, mientras que a escala hectométrica o métrica es el modelado, derivado de la acción erosiva sobre las grandes formas, el responsable de los perfiles suavizados y matizados a partir de las grandes líneas.

Es así como la mayor cantidad de tiempo y los mayores esfuerzos los dedicó al estudio del relieve, organizando los cursos de las Loras o de la Ibérica, dirigiendo tesis como la de la *Serrezuela de Pradales*, de Cascos Maraña, o la del *Relieve de los Montes Obarenes*, de Morales Rodríguez, investigando sobre el Campo de Alicante, Maigmó, la Sierra del Cid y otros relieves alicantinos, que dieron lugar a publicaciones en colaboración con Marco Molina y Matarredona Coll... Pero debemos destacar, por su magnitud e importancia, su obra póstuma, *Geomorfología estructural* (ARIEL, 2006), en la que expone, con el espíritu analítico y metódico que le caracteriza, los extensos y profundos conocimientos que fue acumulando a lo largo de su vida sobre el relieve terrestre. Una obra que, ante todo, es una síntesis del saber geomorfológico adquirido en los estudios teóricos, en las excursiones y en los trabajos de campo, en la que brilla de manera especial el estudio del relieve plegado, sobre el que ha realizado tantas investigaciones directas.

Su afán por los temas medioambientales le llevó a dirigir el Curso de Postgrado de *El Medio Ambiente en*

Castilla y León, ya mencionado, a formar parte como vocal del Consejo de Redacción de la revista de *Medio Ambiente en Castilla y León* desde 1994, a organizar y codirigir las Jornadas de Geografía Física de Sedano entre 1991 y 1993, pero también a elaborar y promover estudios de clima y de relieve. El opúsculo de 73 páginas sobre *El clima de España*, publicado en la Universidad de Valladolid en 1963, trata de explicar la dinámica atmosférica y sus resultados en latitudes medias a la luz de las nuevas interpretaciones meteorológicas e indagando en las consecuencias ecológicas y paisajísticas que pueden tener esos climas en las regiones de España. Algo parecido, en clave más moderna, hizo en *El clima de Castilla y León* (Valladolid, 1986). Por estos años impulsó los estudios sobre los tipos de tiempo en los veranos y los inviernos de Valladolid, de los profesores Cascos Maraña y Calonge Cano.

Fue precisamente su inclinación por los temas medioambientales lo que le impulsó a elaborar la Lección Inaugural del Curso Académico 1984-85 *Sobre el concepto de desertización y Castilla* (Valladolid, 1984), un opúsculo de 55 páginas, en el que arremete contra la banalización del lenguaje, el uso alegre y falto de rigor conceptual que lleva a confundir la desertización ecológica con la pérdida de población. Esta obrita representa una más de una serie de «diatribas» contra la falta de criterio léxico, que previamente había expuesto en el II Coloquio Ibérico de Geografía de Lisboa, con su alegato sobre el estado de la Geografía, muy criticado por sus planteamientos poco delicados con los temas de género.

III

LA PERSONALIDAD: FIRMES CONVICCIONES Y UNA VIDA DEDICADA AL TRABAJO

Jesús García Fernández fue un geógrafo de fuerte personalidad, de convicciones profundas en lo personal y en lo científico, luchador y polémico. De sólida formación, no se dejaba llevar por las modas, con las que se mostraba crítico acerado hasta el límite. Fue un trabajador infatigable, exigente consigo mismo y con todos los que le rodeaban.

Su polémica personalidad no sólo fue un tópico, sino un hecho que ha dejado huella en todos los que le conocieron. Y es que sus convicciones, profundas, le mantenían firme en sus posturas; no era fácil de convencer o de mover, por cuanto tenía criterio, que lo aplicaba tanto a las relaciones personales como a los

planteamientos científicos. Así, llamaba la atención su capacidad de enfrentarse a situaciones en las que, respetando a la persona, echaba por tierra sus planteamientos, bien se tratara de una tesis doctoral, de un libro, de una oposición o de una conferencia. Lo hacía de tal manera y con tal contundencia que no dejaba resquicio para la respuesta. En sentido contrario, asumía, valoraba y ponderaba los trabajos que tenían contenido y orden; por ello, para muchos geógrafos jóvenes, la valoración positiva de sus obras por don Jesús representaba todo un logro y un certificado de calidad.

Sus críticas demoledoras se basaban en la exigencia de rigor, que siempre se aplicó a sí mismo, pero también a los demás. Rigor conceptual, rigor metodológico, rigor léxico, rigor expositivo. El rigor conceptual le llevaba a criticar sin piedad la utilización huera de las palabras. Si una ciencia se distingue por su objeto, su método y su vocabulario, no consentía el que se maneasen los conceptos hasta dejarlos sin contenido. Sus escritos se caracterizan por la precisión y el rigor, lejos de las perífrasis estériles y de los adjetivos altisonantes, y por su crítica inmisericorde a todo aquello que careciera de esas cualidades.

El rigor metodológico no nacía de planteamientos a la moda, sino todo lo contrario, de la utilización cuidada del concepto, del lenguaje, de la jerarquía escalar y de la claridad expositiva. Lejos de sus planteamientos quedaba el método como modelo o concepción teórica de aproximación al estudio geográfico, pues «Geografía es lo que hacen los geógrafos» decía, siempre que tuviera contenido y rigor evidentemente. El rigor léxico le llevó no sólo a utilizar con precisión los términos actuales sino también a desempolvar algunos perdidos y cuyo uso llama la atención. Al comentarle este hecho, respondía que era inadmisibile que gente culta de hoy fuera incapaz de leer y entender, por ejemplo, a un autor tan reciente como Valle Inclán, lo que representaba para él una crisis cultural sin precedentes en la historia.

La correcta utilización de las palabras, la exposición ordenada de las ideas, era una exigencia intelectual, cultivada en las tertulias culturales y políticas que mantenía con otros coetáneos suyos en cafés tradicionales. Conversador animado y animoso, forjaba sus planteamientos en estos enriquecedores encuentros, algunos de los cuales mantuvo hasta poco antes de su muerte.

Trabajador infatigable y metódico, programaba su tiempo con mucha antelación y solía mostrarse inflexible en el cumplimiento de su programa, bien correspondiera a un viaje de prácticas en el que llovía o bien a la

puntualidad y permanencia en el centro de trabajo, que incluía la impartición de clases durante los sábados y la realización de viajes de prácticas los domingos.

En suma, fue la concepción del trabajo y la investigación como un deber moral lo que guió al profesor García Fernández en su quehacer diario. Fue su trabajo al servicio de la Geografía y de la profesión de geógrafo lo que llenó sus horas, guió su actividad e hizo progresar la geografía española, por más que las actuales generaciones desconozcan o no valoren en sus justos términos parte de su obra e ideas. La reivindicación de su legado es un acto de justicia que propugnamos desde estas líneas.

Su entereza moral le hizo permanecer en el puesto de trabajo hasta un mes antes de su muerte. Quiso ignorar el cáncer que lo devoró a ritmo lento hasta el límite en que ya le impidió el desarrollo normal de su vida. Aguantó las molestias, dolores y problemas fisiológicos que le causaba merced a su fortaleza mental, despachando con una sonrisa y un «lo he pasado mal este fin de semana» la pregunta del lunes sobre su estado de salud. Su vida, como su obra, pone de manifiesto un afán y una lucha constante por la superación, tanto en lo personal como en lo profesional.— FERNANDO MOLINERO HERNANDO (Departamento de Geografía. Universidad de Valladolid)